

843  
Z



TALLERES GRÁFICOS  
DE  
GASSÓ HERMANOS  
EDITORES  
BARCELONA

PQ 2499

C68

v.2

ES PROPIEDAD DE  
LOS EDITORES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO X  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

XIV

En la procesión general del Corpus, cuando monseñor Rousselot bajó los peldaños del magnífico altar erigido por los cuidados de madame de Condamin, en la plaza de la subprefectura, junto a la misma puerta del hotelito que habitaba, todos observaron con sorpresa que el prelado volvía bruscamente la espalda al Padre Faujas.

—¡Hombre!—dijo madame Rougon, que se hallaba asomada a la ventana de su salón.—¿Habrá habido riña?

—¿No lo sabía usted?—respondió madame Pa-loque, apoyada de codos al lado de la vieja dama.—Desde ayer se habla de ello. El Padre Fénil ha recobrado el favor del Obispo.

El señor de Condamin, de pie detrás de las señoras, se echó a reír, había huído de su casa, diciendo que “apestaba a iglesia”.

—¡Bueno va!—dijo entre dientes.—Si van ustedes a hacer caso de esas historias... El Obispo es una veleta, que gira según le sople el Faujas o el Fénil; uno hoy, otro mañana. Se han peleado y han hecho las paces más de diez veces. Antes de

tres días ya verán cómo el niño mimado volverá a ser el Faujas.

—No lo creo—repuso madame Paloque.—Esta vez va de veras... Parece que el Padre Faujas proporciona grandes disgustos a Monseñor. Parece que antiguamente pronunció sermones que desagradaron mucho a Roma. Yo no lo puedo explicar a ustedes con pelos y señales; pero sé que Monseñor ha recibido de Roma algunas cartas de reproches, en las cuales se le recomienda que esté apercibido... Se pretende que el Padre Faujas es un agente político.

—¿Quién pretende eso? — preguntó madame Rougon, entornando los ojos como para seguir la procesión que se extendía por toda la calle de la Banne.

—Lo he oído decir y no sé más—repuso la mujer del juez con aspecto indiferente.

Y se retiró de la ventana, asegurando que se debía de ver mejor desde la de al lado. El señor de Condamin ocupó su sitio al lado de madame Rougon, a la cual dijo al oído:

—Por dos veces la he visto entrar ya en casa del Padre Fénil; con seguridad que está tramando algo con él... El Padre Faujas ha debido de pisar a esa víbora, y ahora ella trata de morderle... Si no fuera tan fea, yo le haría el favor de advertirle que su marido no será nunca presidente.

—¿Por qué? No lo comprendo—respondió la vieja dama con ingenuidad.

El señor de Condamin la miró con curiosidad; después se echó a reír.

Los dos últimos gendarmes de la procesión acababan de desaparecer en la esquina de la Carrera Sauvaire. Entonces, las personas a quienes madame Rougon había invitado a ver la bendición del altar entraron de nuevo en el salón, hablando de

la buena gracia de Monseñor, de los estandartes nuevos de las Congregaciones, y sobre todo de las muchachas de la obra de la Virgen, cuyo paso acababa de ser muy notado. Las damas no se agotaban, y el nombre del Padre Faujas era pronunciado a cada momento, con los más vivos elogios.

—Decididamente, es un santo—dijo irónicamente madame Paloque al señor de Condamin, que había ido a sentarse a un lado.

Después, inclinándose hacia él:

—No he podido hablar con libertad delante de la madre... Pero se murmura ya demasiado del Padre Faujas y de madame Mouret. Esos feos rumores han debido llegar a oídos de Monseñor.

El señor de Condamin se contentó con responder:

—Madame Mouret es una mujer encantadora, y muy apetitosa todavía, a pesar de sus cuarenta años.

—¡Oh! encantadora, encantadora...—refunfunó madame Paloque, cuyo semblante verdecía una oleada de bilis.

—Encantadora en grado superlativo—insistió el conservador de aguas y bosques.—Ahora está en la edad de las grandes pasiones y de las grandes felicidades... Ustedes las mujeres se juzgan muy mal mutuamente.

Y abandonó el salón, muy contento al ver la reprimida rabia de madame Paloque. La ciudad, en efecto, se preocupaba apasionadamente por la continua lucha que el Padre Faujas sostenía con el Padre Fénil, para conquistar a monseñor Rouselot. Era un combate a cada momento, un asalto de criadas-amas que se disputan las ternezas de un viejo. El Obispo sonreía astutamente; había hallado una especie de equilibrio entre aquellas dos voluntades contrarias, y les golpeaba al uno

con el otro, entreteniéndose en verles en el suelo alternativamente, aunque a reserva de aceptar siempre el auxilio del más fuerte para conseguir la paz. En cuanto a la maledicencia que sobre sus favoritos hacían llegar a él, le dejaba lleno de indulgencia; sabía que ambos eran capaces de acusarse mutuamente de asesinato.

—Mira, hijo mío—decía al Padre Surin, en sus momentos de confianza.—Los dos son peores... Creo que París vencerá y que Roma quedará derrotada; pero no estoy lo bastante seguro de ello, y entre tanto, les dejo que se destruyan. Cuando uno haya acabado con el otro, bien lo sabremos. Toma, léeme la tercera oda de Horacio; hay un verso que me temo haber traducido mal.

El martes que siguió a la procesión del Corpus, se presentó con un tiempo soberbio. Oíanse risas en el jardín del señor Rastoil y en el de la sub-prefectura. Allí, a ambos lados, había numerosa tertulia bajo los árboles. En el jardín de los Mouret, el Padre Faujas, según su costumbre, leía su breviario, paseándose despacio a lo largo de los grandes bojes. Desde hacía algunos días, tenía cerrada la puerta del callejón; coqueteaba con los vecinos y parecía ocultarse para hacerse desear. Tal vez había observado cierta leve frialdad a continuación de su última riña con Monseñor y de los abominables chismes que hacían circular sus enemigos.

A cosa de las cinco, cuando descendía el sol, el Padre Surin propuso a las señoritas de Rastoil una partida de volante, juego en el que era de primera fuerza. A pesar de su proximidad a la treintena, Angelina y Aurelia se morían por los jueguecillos; su madre, si se hubiera atrevido; las habría hecho vestir aún de corto. Así que la criada hubo traído las raquetas, el Padre Surin, que buscaba un sitio

con la vista, en el jardín, inundado de sol por los últimos rayos, tuvo una idea que las señoritas aprobaron vivamente.

—¿Y si nos fuéramos a jugar al callejón de las Chevillotes?—dijo.—Estaríamos a la sombra de los castaños, y además, tendríamos mucho más sitio para retroceder.

Salieron, y empeñaron la más agradable partida del mundo. Las dos señoritas comenzaron. Angelina fué la primera en pifiar. El Padre Surin, que la reemplazó, manejó la raqueta con destreza y soltura verdaderamente magistrales. Se había puesto la sotana entre las piernas; saltaba adelante, atrás, a los lados; recogía el volante al ras del suelo, lo recogía de revés a alturas sorprendentes, lo lanzaba recto como una bala o le hacía describir curvas elegantes, calculadas con perfecto conocimiento. De ordinario, prefería a los malos jugadores que, arrojando el volante al azar, sin ritmo ninguno, según su expresión, le obligaban a desplegar toda la agilidad de su juego. La señorita Aurelia jugaba bastante bien; a cada raquetazo lanzaba un grito de golondrina, riéndose como una loca cuando el volante iba a parar en derechura a la nariz del joven sacerdote; después se agachaba entre las faldas para esperarlo o retrocedía a saltitos, con terrible ruido de enaguas que rozan, cuando el Padre le hacía la gracia de pegarle más fuerte. Finalmente, habiéndosele plantado el volante entre los cabellos, estuvo en un tris que se cayera hacia atrás, lo cual les hizo reír a los tres mucho. Angelina la reemplazó. En el jardín de los Mouret, cada vez que el Padre Faujas levantaba los ojos de su breviario, veía el blanco vuelo del rehilete por cima de la tapia, como una gran mariposa.

—Señor cura, ¿está usted ahí?—gritó Angelina,

llamando a la puertecilla.—Se nos ha caído el volante.

El cura, después de recoger el rehilete caído a sus pies, se decidió a abrir.

—Ah, gracias, señor cura—dijo Aurelia que tenía ya la raqueta.—Angelina es la única capaz de dar esos golpes. El otro día papá nos estaba mirando, y Angelina le disparó el rehilete en la oreja, con tanta fuerza, que estuvo sordo hasta el día siguiente.

Las carcajadas estallaron de nuevo. El Padre Surin, rosado como una doncella, se limpiaba delicadamente la frente, a golpecitos, con un pañuelo finísimo. Se echaba hacia atrás los cabellos rubios, con los ojos relucientes, dúctil la cintura, y sirviéndose de su raqueta como un abanico. Con el ardor del juego, se le había vuelto un tanto el alzacuello.

—Señor párroco—le dijo poniéndose de nuevo en posición.—Va usted a juzgar los golpes.

El Padre Faujas, con el breviario bajo el brazo, sonriendo con rostro paternal, se quedó en el dintel de la puertecilla. Entre tanto, por la puerta cochera de la subprefectura, que estaba entreabierta, debía de haber visto el cura al señor Péqueur des Saulaies, sentado ante el surtidor en medio de sus contertulios. Sin embargo, no volvió la cabeza; contaba los puntos, felicitaba al Padre Surin y consolaba a las señoritas Rastoil.

—Oiga usted, Péqueur—murmuró agradablemente el señor de Condamin acercándose al oído del subprefecto.—Hace usted mal en no invitar a ese curita a sus tertulias; es muy complaciente con las señoras y debe de valsar a las mil maravillas.

Pero el señor Péqueur des Saulaies, que habla-

ba vivamente con el señor Delangre, aparentó no oírle. Y continuó, dirigiéndose al alcalde:

—Verdaderamente, mi querido amigo, no sé por dónde ve usted en él esas bellas cualidades de que me habla. Por el contrario, el Padre Faujas es muy comprometedor. Su pasado está muy turbio, y se habla aquí de ciertas cosas... No veo por qué me he de arrodillar ante ese párroco, tanto más cuanto que el clero de Plassans nos es hostil. En primer lugar que no me serviría de nada...

El señor Delangre y el señor de Condamin, que habían cruzado una mirada, se contentaron con mover la cabeza sin responder.

—De nada—prosiguió el subprefecto.—No vengán ustedes echándose las de misteriosos. Miren ustedes, yo he escrito a París. Me tenían ya la cabeza loca, y quería saber a qué atenerme sobre el tal Faujas, a quien parecen ustedes tratar como a un príncipe disfrazado. Pues bien, ¿saben qué me han contestado? Pues me han contestado que no le conocen, que no tienen nada que decirme, y que, por otra parte, debo evitar cuidadosamente meterme en los asuntos del clero... Ya están bastante disgustados en París desde la elección del imbécil ese de Lagrifould. Yo quiero ser prudente.

El alcalde cruzó de nuevo una mirada con el conservador de aguas y bosques. Y hasta se encogió ligeramente de hombros ante los correctos bigotes del señor Péqueur des Saulaies.

—Escúcheme usted bien—le dijo al cabo de una pausa.—¿Usted quiere ser prefecto, verdad?

El subprefecto sonrió, columpiándose en la silla.

—Entonces, vaya usted en seguida a estrechar la mano al padre Faujas, que le espera a usted allí viendo jugar al volante.

El señor Péqueur des Saulaies se quedó mudo, sorprendidísimo, sin comprender. Alzó los ojos al señor de Condamin, al cual preguntó con cierta inquietud:

—¿Es esa también la opinión de usted?

—Sin duda; vaya usted a estrecharle la mano— respondió el conservador de aguas y bosques.

Después añadió, con un dejo de burlas:

—Pregúntele a mi mujer, en quien tiene usted gran confianza.

Madame de Condamin llegaba. Llevaba un delicoso traje de rosa y gris. Cuando le hubieron hablado del cura:

—¡Ah! Hace usted mal en no tener religión— dijo con gracejo al subprefecto.—Apenas le vemos a usted en la iglesia en los días de las ceremonias oficiales. Verdaderamente me da eso mucha pena; es preciso que yo le convierta a usted. ¿Qué quiere usted que se piense del gobierno que usted representa, si no está usted bien con Dios?... Déjenos ustedes, señores; voy a confesar al señor Péqueur.

Se había sentado, bromeando, sonriendo.

—Octavia—murmuró el subprefecto cuando estuvieron solos.— No se burle usted de mí. En París, en la calle de Helder, no era usted devota. Ya sabe usted lo que me cuesta el no estallar cuando la veo comulgar en San Saturnino.

—No es usted serio, querido amigo—respondió ella en el mismo tono.—Todo eso le jugará a usted una mala partida. La verdad es que me tiene usted inquieta. Yo le he conocido a usted más inteligente. ¿Es usted tan ciego que no ve que se está tambaleando? Comprenda usted que si no le han hecho saltar todavía es porque no se quiere dar la voz de alerta a los legitimistas de Plassans. El día en que vean llegar a otro

subprefecto, desconfiarán; en tanto que con usted se duermen, y se creen seguros de la victoria en las elecciones próximas... No es cosa lisonjera, ya lo sé, y tanto más cuanto que tengo la certidumbre absoluta de que obran sin usted... ¿Me entiende? Amigo mío, está usted perdido si no adivina ciertas cosas.

El la miraba con verdadero espanto.

—¿Acaso "el gran hombre" ha escrito a usted?—preguntó aludiendo a un personaje a quien entre ambos designaban de tal manera.

—No; ha roto completamente conmigo. Yo no soy tonta, y fui la primera en comprender la necesidad de esa separación. Por otra parte, no puedo quejarme; se mostró muy bueno, me casó, me dió excelentes consejos con los que me va muy bien... Pero he conservado amigos en París. Le aseguro a usted que apenas le queda tiempo de agarrarse a un clavo ardiendo... No sea usted ateo y vaya en seguida a dar un apretón de manos al Padre Faujas... Más tarde comprenderá usted, si no adivina hoy...

El señor Péqueur des Saulaies permanecía con la cabeza baja, algo avergonzado por la lección. Era muy fatuo. Mostró los blancos dientes y procuró salirse del ridículo, murmurando tiernamente:

—Si usted hubiese querido, Octavia, entre los dos habríamos gobernado a Plassans. Yo le había ofrecido a usted reanudar aquella vida tan dulce...

—Decididamente es usted un majadero—le interrumpió ella con enojada voz.— Me encocora usted con su "Octavia". Yo soy para todo el mundo la señora de Condamin, amigo mío... ¿No ha de comprender usted las cosas? Tengo treinta mil francos de renta, reino aquí sobre la subprefectura entera; voy a todas partes, y por doquiera soy

respetada, saludada, estimada. Los que sospecharan lo pasado, se mostrarían más amables aún conmigo... ¿Qué iba yo a hacer con usted? No haría usted más que estorbarme. Soy una mujer honrada, querido.

Se había levantado. Acercóse al doctor Porquier, el cual, según su costumbre, iba, después de las visitas, a pasar una hora en el jardín de la subprefectura, para distraer a su mejor clientela.

—¡Oh! Doctor, tengo jaqueca; ¡pero una jaqueca!...—dijo con encantadores mohines.—Se me fija aquí, en la ceja izquierda.

—Es el lado del corazón, señora—repuso galantemente el doctor.

Madame de Condamin sonrió, sin llevar más adelante la consulta. Madame Paloque se aproximó al oído de su esposo, a quien llevaba todos los días a la subprefectura, para recomendarle constantemente a la influencia del subprefecto.

—No las cura de otra manera—dijo en voz baja.

Entre tanto, el señor Péqueur des Saulaies, después de haberse reunido con el señor de Condamin y con el señor Delangre, maniobraba hábilmente para llevarlos hacia el lado de la puerta cochera. Cuando se halló sólo a algunos pasos de ella, se detuvo como si le interesara la partida de volante que continuaba en el callejón. El Padre Surin, con el cabello al viento, arremangadas las mangas de la sotana, mostrando las muñecas blancas delgadas como las de una mujer, acababa de echarse atrás, colocando a la señorita Aurelia a veinte pasos. Comprendía que le miraban, y verdaderamente se excedía a sí mismo. La señorita Aurelia tenía también un buen día, al verse delante de tal maestro. El rehilete describía una curva suave, muy alargada; y con tal regularidad, que parecía caer por sí solo en las raquetas y volar de

una en otra con el mismo vuelo ágil, sin que los jugadores se moviesen del sitio. El Padre Surin, con el cuerpo algo echado atrás, exhibía las gracias de su busto.

—¡Admirable, admirable!—gritó entusiasmado el subprefecto.—¡Ah, señor cura! Le felicito a usted.

Después, volviéndose a madame de Condamin, al doctor Porquier y a los Paloque:

—Vengan, vengan. No he visto nunca nada igual... ¿Nos permite usted que le admiremos, señor cura?

Toda la tertulia de la subprefectura formó entonces un grupo, en el fondo del callejón. El Padre Faujas no se había movido, y, con una leve inclinación de cabeza, respondió a los saludos del señor Delangre y del señor de Condamin. Seguía marcando los puntos. Cuando Aurelia perdió el volante, le dijo bondadosamente el párroco:

—Tiene usted trescientos diez puntos desde que se han cambiado las distancias; su hermanita tiene sólo cuarenta y siete.

Mientras aparentaba seguir el juego con vivo interés, echaba rápidas miradas a la puerta del jardín de los Rastoil, que había quedado abierta de par en par. Hasta entonces, sólo se había dejado ver el señor Maffre. Este fué llamado del interior del jardín.

—¿Qué les pasa que tanto se ríen?—le preguntó el señor Rastoil, que hablaba con el señor de Bourdeu delante de la mesa rústica.

—Es que juega el secretario de monseñor—respondió el señor Maffre.—Hace cosas admirables, todo el barrio le mira... El señor párroco, que les mira jugar, está maravillado.

El señor de Bourdeu tomó un polvo, diciendo entre dientes:

—¡ Ah! ¿Está ahí el Padre Faujas?

Y se encontró con la mirada del señor Rastoil. Ambos parecían molestos.

—Me han contado—se atrevió a decir el presidente,—que el Padre ha recobrado la gracia de monseñor.

—Sí, esta misma mañana—dijo el señor Maffre.

—¡ Oh! Reconciliación completa. He sabido detalles muy conmovedores. Monseñor ha llorado... La verdad que el Padre Fénil ha hecho mal en varias cosas...

—Yo le creía a usted amigo del gran Vicario—observó el señor de Bourdeu.

—Sin duda, pero soy también amigo del párroco,—replicó el juez de paz vivamente.—A Dios gracias, tiene una piedad que desafía las calumnias. ¿No han llegado hasta atacar su moralidad? Es una vergüenza.

El antiguo prefecto miró otra vez al presidente con aire singular.

—¿Y no han querido comprometer al señor párroco en enredos políticos?—continuó el señor Maffre.—Decían que venía aquí a transformarlo todo, a dar destinos a diestro y siniestro, a hacer triunfar a la patulea de París. No se habría hablado peor de un jefe de bandoleros... Un hatajo de embustes y nada más.

El señor de Bourdeu, con la contera del bastón, dibujaba un perfil en la arena del jardín.

—Sí, he oído hablar de eso—dijo con indiferencia.—Es muy poco creíble que un ministro de la religión acepte un papel semejante. Además, en honor de Plassans, quiero creer que fracasaría por completo. Aquí no hay quien se deje comprar.

¡Majaderías! — exclamó el presidente, encogiéndose de hombros.—¿Acaso se vuelve una ciudad como un traje viejo? Ya puede París enviar-

nos a sus esbirros, que Plassans será siempre legitimista. ¿Ven ustedes al amigo Péqueur? No hemos tenido más que para un bocado. ¡Preciso es que la gente sea muy tonta. ¡Cuidado con imaginar que hay personajes misteriosos que recorren las provincias ofreciendo los destinos! Les confieso a ustedes que me gustaría mucho ver a uno de esos caballeros.

Se incomodaba. El señor Maffre, inquieto, creyó que debía defenderse.

—Permítame usted—interrumpió.—Yo no he afirmado que el Padre Faujas fuese un agente bonapartista; por el contrario, he dicho que me parecía absurda esa acusación.

—¡ Oh! No se trata ya del Padre Faujas; hablo en general. No se vende uno así como así, ¡qué diablo! El Padre Faujas está muy por cima de toda sospecha.

Hubo una pausa. El señor de Bourdeu acababa el perfil, sobre la arena, con una gran barba en punta.

—El Padre Faujas no tiene opiniones políticas—dijo con su voz seca.

—Evidentemente—repuso el señor Rastoil.—Le reprochamos su indiferencia; pero hoy, yo se la apruebo. Con tantos chismorreos y habladurías, la religión se vería comprometida... Usted sabe como yo, Bourdeu, que no se le puede acusar del menor paso sospechoso. No se le ha visto nunca en la subprefectura, ¿verdad? Siempre está dignamente en su puesto... ¡Si fuese bonapartista, no se recataría, pardiez!

—Sin duda.

—Añadamos que lleva una vida ejemplar. Mi mujer y mis hijos me han contado detalles suyos que me han conmovido vivamente.

En este momento redoblaron las risas en el ca-

llejón. Alzóse la voz del Padre Faujas, felicitando a la señorita Aurelia por un raquetazo verdaderamente notable. El señor Rastoil, que se había parado, continuó sonriendo:

—¿Oyen ustedes? ¿Qué hacen que así se divierten? Le dan a uno deseos de ser joven.

Después, con voz grave:

—Sí, mi mujer y mis hijos me han hecho querer al Padre Faujas. Sentimos mucho que su discreción le impida ser de los nuestros.

El señor de Bourdeu aprobaba con la cabeza, cuando resonaron grandes aplausos en el callejón. Oyóse un guirigay enorme de pisadas, risas, gritos; una bocanada de alegría de colegiales en el recreo. El señor Rastoil abandonó su asiento rústico.

—¡Caramba!—dijo con bondad.—Vamos a ver; acabo de sentir cosquillas en las piernas.

Los otros dos le siguieron, y los tres se quedaron delante de la puertecilla. Era la primera vez que el presidente y el antiguo prefecto se aventuraban hasta allí. Cuando vieron, en el fondo del callejón, el grupo formado por la tertulia de la subprefectura, pusieron los semblantes graves. El señor Péqueur des Saulaies, por su parte, se irguió, adoptando una actitud oficial; en tanto que madame de Condamin, muy risueña, se deslizaba a lo largo de las tapias, llenando el callejón con el roce de su traje rosa. Las dos tertulias se espiaban con miradas de soslayo, no queriendo ninguna de las dos abandonar el sitio; y entre ambas, el Padre Faujas, siempre en la puerta de los Mouret, tenía el breviario bajo el brazo y se regocijaba suavemente, sin aparentar ni por asomo que comprendía la delicadeza de la situación.

Entre tanto, todos los circunstantes retenían el

aliento. El Padre Surin, al ver que el público aumentaba, quiso arrancar aplausos con un postrer golpe de destreza. Ingenióse, se propuso dificultades, volviéndose, jugando sin ver venir el rehilete, adivinándolo en cierto modo, devolviéndolo a la señorita Aurelia por cima de la cabeza con precisión matemática. Estaba coloradísimo, sudando, despeinado; el alzacuello, que se le había vuelto por completo, le caía sobre el hombro izquierdo. Pero vencía, sonriendo, siempre encantador. Las dos tertulias se quedaban absortas admirándole; madame de Condamin reprimía los bravos que estallaban prematuramente, agitando su pañuelo de encaje. Entonces, el joven cura, refinándose más aún, se puso a dar saltitos a derecha e izquierda, calculándolos de manera que cada vez recibía el volante en posición distinta. Era el gran ejercicio final. Aceleraba el movimiento cuando, al saltar, le falló un pie, y por poco se cae sobre el pecho de madame de Condamin, que había extendido los brazos lanzando un grito. Los circunstantes, creyéndole herido, se precipitaron hacia él; pero él, vacilando, con esfuerzo de manos y rodillas, se levantó de un salto supremo, y recogió y devolvió a la señorita Aurelia el rehilete, que no había tocado aún el suelo. Y con la raqueta en alto, triunfó.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritó el señor Péqueur des Saulaies aproximándose.

—¡Bravo! El golpe ha sido soberbio—repitió el señor Rastoil, acercándose también.

La partida quedó interrumpida. Las dos tertulias habían invadido el callejón; se confundían, rodeaban al Padre Surin, quien, sin aliento casi, se apoyaba en la tapia, al lado del Padre Faujas. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo.

—Creí que se había abierto la cabeza—decía el

doctor Porquier al señor Maffre, con acento lleno de emoción.

—Verdaderamente, todos esos juegos acaban mal—murmuró el señor de Bourdeu dirigiéndose al señor Delangre y a los Paloque, mientras aceptaba un apretón de manos del señor de Condamín, a quien esquivaba en la calle para no verse obligado a saludarle.

Madame de Condamín iba del subprefecto al presidente, poniéndoles al uno frente al otro, y repitiendo:

—¡Dios mío! Yo estoy peor que él; he creído que nos íbamos a caer los dos. ¿Han visto ustedes? Es una piedra grande.

—Ahí está, mírela usted—dijo el señor Rastoil.—La ha debido de hallar debajo del talón.

—¿Es esa piedra redonda la que usted dice?—preguntó el señor Péqueur des Saulaies recogiendo el guijarro.

Nunca se habían hablado fuera de las ceremonias oficiales. Los dos se pusieron a examinar la piedra; pasábensela del uno al otro, observando que era cortante y que hubiera podido cortar el zapato del cura. Madame de Condamín, entre ambos, les sonreía, asegurando que empezaba a repenirse del susto.

—¡El señor cura se pone malo!—exclamaron las señoritas Rastoil.

El Padre Surin, en efecto, se había puesto pálido al oír hablar del peligro que había corrido. Vacilaba, cuando el Padre Faujas, que se había mantenido algo alejado, le cogió en sus brazos poderosos y lo entró en el jardín de los Mouret, en donde lo sentó en una silla. Las dos tertulias invadieron la glorieta. En ella el joven sacerdote se desmayó por completo.

—¡Rosa! ¡Agua, vinagre!—gritó el Padre Fau-

jas adelantándose hacia la escalinata.

Mouret, que estaba en el comedor, se asomó a la ventana; pero al ver tanta gente en el fondo de su jardín, retrocedió como asaltado de miedo; se escondió y no volvió a salir. Entre tanto, Rosa llegaba con toda una farmacia. Se apresuraba, y gruñía:

—¡Si al menos estuviese aquí la señora!... Ha ido al seminario, a ver al niño... Yo estoy sola, y no puedo hacer lo imposible, claro; no será el señor el que se mueva. Por él, podrían ustedes morir. Está en el comedor, escondido como un hurañote. No, no les daría a ustedes ni un vaso de agua; les dejaría reventar solos.

Mientras refunfuñaba estas palabras, había llegado junto al Padre Surin desvanecido.

—¡Ay que Jesús!—dijo con lastimera ternura de comadre.

El Padre Surin, cerrados los ojos, pálido el rostro entre sus largos cabellos rubios, se asemejaba a uno de esos adorables mártires que vemos en los cuadros de santos. La mayor de las señoritas Rastoil le sostenía la cabeza, flojamente caída y mostrando el cuello blanco y delicado. Todos se afanaron. Madame de Condamín, a golpecitos, le lavó las sienes con un trapito empapado en agua con vinagre. Las dos tertulias esperaban ansiosas. Por fin, el curita abrió los ojos, pero los volvió a cerrar. Se desmayó dos veces más.

—¡No me ha asustado usted poco!—le dijo cortesmente el doctor Porquier, que había conservado entre las suyas la mano del Padre Surin.

Este se había quedado confuso, dando las gracias, asegurando que no era nada. Después, vió que le habían desabrochado la sotana y que tenía el cuello al aire, sonrió y se puso bien el alzacuello. Y al aconsejarle que se estuviera quieto, quiso

demostrar que era fuerte, y volvió al callejón con las señoritas Rastoil para acabar la partida.

—Está usted muy bien aquí—dijo el señor Rastoil al Padre Faujas, de quien no se había separado.

—El aire aquí es excelente—añadió con su encantador acento el señor Péqueur des Saulaies.

Ambas tertulias miraban curiosamente la casa de los Mouret.

—Si los señores y señoras—dijo Rosa,—quieren descansar un instante en el jardín... El señor párroco está en su casa... Aguarden, que voy por sillas.

E hizo tres viajes, a pesar de las protestas. Entonces, después de mirarse unos instantes, las dos sociedades se sentaron por cortesía. El subprefecto se había colocado a la derecha del Padre Faujas, en tanto que el presidente se colocaba a su izquierda. La conversación fué muy amistosa.

—Usted no es vecino alborotador, señor cura—repetía graciosamente el señor Péqueur des Saulaies.—No puede usted figurarse lo que me agrada verle todos los días, a la misma hora, en este pequeño paraíso. Eso me descansa en mis preocupaciones.

—¡Es cosa tan rara un buen vecino!—proseguía el señor Rastoil.

—Sin duda—interrumpía el señor de Bourdeu.—El señor cura ha establecido aquí una dichosa paz de claustro.

En tanto que el Padre Faujas sonreía y saludaba, el señor de Condamin, que no se había sentado, fué a decir al oído al señor Delangre:

—Ahí tiene usted a Rastoil soñando con una plaza de sustituto para el melón de su hijo.

El señor Delangre le lanzó una mirada terrible, temblando ante la idea de que aquel charlatán

incorregible podía estropearlo todo; mirada que no impidió que el conservador de aguas y bosques añadiera:

—¡Y Bourdeu que se cree haber recuperado su prefectura!

Pero madame de Condamin acababa de dar un golpe sensacional, diciendo con malicioso acento:

—Lo que me gusta en este jardín, es ese encanto íntimo que parece convertirlo en rincón cerrado a todas las miserias de este mundo. Caín y Abel se reconciliarían aquí.

Y había subrayado la frase acompañándola de dos miradas, a derecha e izquierda, a los jardines vecinos. El señor Maffre y el doctor Porquier movieron la cabeza con aprobación, en tanto que los Paloque se interrogaban, inquietos, sin comprender y temiendo comprometerse, por un lado u otro, si abrían la boca.

Al cabo de un cuarto de hora, se levantó el señor Rastoil.

—Mi mujer no sabrá dónde nos hemos metido—murmuró.

Todos se habían puesto en pie algo turbados al pensar en la despedida. Pero el Padre Faujas extendió las manos:

—Mi paraíso queda abierto—dijo con el aspecto más risueño.

Entonces el presidente prometió hacer, de vez en cuando, una visita al señor párroco. El subprefecto se comprometió a lo mismo, con más efusión. Y las dos sociedades estuvieron aún allí cinco minutos más, saludándose, en tanto que, en el callejón, las risas del Padre Surin y de las señoritas Rastoil se elevaban de nuevo. La partida había readquirido todo su fuego; el rehilete del volante iba y venía, con vuelo regular, por cima de la tapia.